

AÑO CERO

(I)



EL tiempo cronológico, aplicado a los movimientos de la historia, es generalmente una ficción. Sin embargo, el año 1968 ha sido como una cápsula en la que se han encerrado una serie de acontecimientos religados unos a otros, cargados de significación. Entre las barricadas de mayo en París y las formidables sacudidas económicas de diciembre, han pasado muchas cosas. La dictadura se ha aclarado en Grecia, el bloque físico de los países comunistas ha sufrido una fisura y el bloque ideológico una herida profunda, la resurrección de Nixon, la muerte a balazos de Martín Lutero King y Robert Kennedy, la sangre de la Plaza de las Tres Culturas, de México, el final de los bombardeos de Vietnam, las guerrillas árabes, la guerra de genocidio en Nigeria-Biafra, la creación de personajes como Cohn-Bendit, la enciclica anti-pildora, el reforzamiento de los poderes, las crisis morales de hoy son temas particulares o genéricos que no coinciden en el mundo más que en una situación declarada de urgencia.



Es relativamente fácil ser americano desde un punto de vista legal. Parece que



En diciembre de 1967, Eduardo Haro Tecglén estaba en Bruselas mientras se celebraba allí la reunión de la OTAN. Recorrió Europa en el invierno de 1967-68 y en las capitales del viejo continente —Francfort, Rotterdam, París, Londres...— palpó día a día el malestar psicológico y las contradicciones de una sociedad instalada entre la coexistencia y el susto. Vio en mayo las barricadas y las huelgas de París y estuvo en el mismo hotel que los delegados norvietnamitas que asistieron a la conferencia de París. Vivió la "noche más larga" de las elecciones norteamericanas y recorrió de Este a Oeste y de Norte a Sur los Estados Unidos. Semana a semana, nuestras páginas son testigo de ello, siguió paso a paso la actualidad internacional, el devenir de un mundo en convulsión, de un año como 1968 pródigo en acontecimientos, repleto de sucesos, lleno de problemas. Haro ha extraído una decantación de todo ello, ha visto lo que hay debajo de cada hecho y saca ahora unas consecuencias en esta serie que titulamos genéricamente "Año cero".

Junto con Eduardo Haro estuvo en los Estados Unidos nuestro fotógrafo Martínez Parra, autor de la ilustración gráfica de esta serie, de la que en este número damos el primer capítulo.

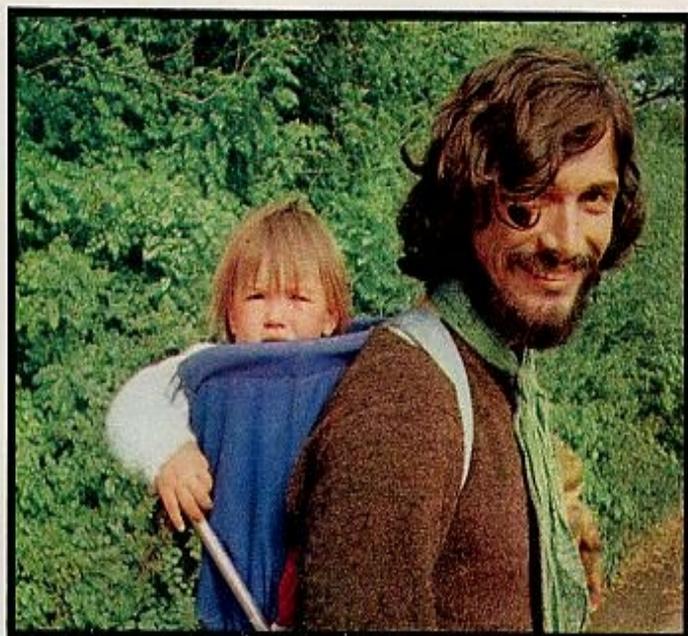


La vieja frase de que "un americano pobre es aquel que tiene que lavarse su propio automóvil" es una falsedad. Los mendigos de Nueva York no pueden siquiera lavar los coches de los demás.

debe ser más difícil considerarse americano desde un punto de vista moral.

TODOS los años, en primavera, se celebra en los Estados Unidos el «I am american Day». Es una ceremonia ritual en la que se da entrada en la inmensa tribu de doscientos millones de personas a los recién llegados, a quienes han adquirido en el curso del año la ciudadanía de los Estados Unidos. Al mismo tiempo, es un acto de fe. Los discursos, las lecciones escolares, los cánticos, repiten con fuerza letánica la frase «Yo soy americano». Es una repetición, no sé si deliberada o espontánea, de aquella fórmula orgullosa del Imperio romano, del «civis romanus sum». Es relativamen-

te fácil ser americano desde un punto de vista legal. Es uno de los países que ponen menos obstáculos a la concesión de la ciudadanía. Parece que debe ser más difícil considerarse americano desde un punto de vista moral. Se empieza ya por este equivoco de asumir el nombre entero de un continente para lo que sólo es una nación, una parte de él. Se continúa por un acaparamiento de temas y motivos universales, desde la religión —Estados Unidos es el «God's own country», el propio país de Dios— hasta la personalización de virtudes abstractas como la democracia o la liber-

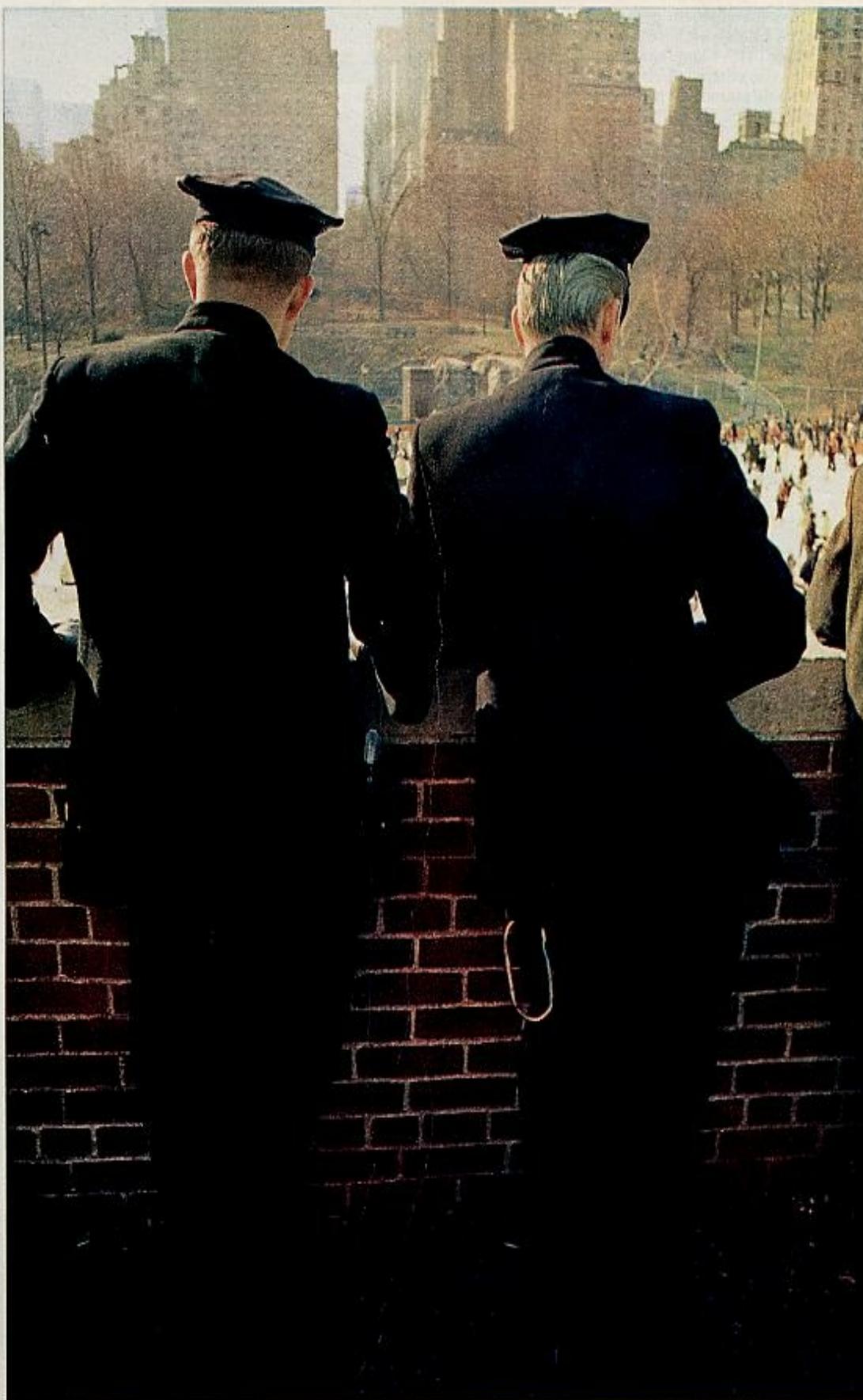


Los "hippies" encarnan una forma de protesta y, en general, los jóvenes sufren la herida que les ha producido la guerra de Vietnam. La nueva izquierda no tiene ninguna alternativa que ofrecer frente al sistema actual.



La lenta revolución social que se inició en Estados Unidos se h

ted. La unidad de un país que requiere seis horas de «jet» para trasladarse de un extremo a otro, que vive según cuatro usos horarios distintos, en el que simultáneamente hace frío extremado y calor abrasador, cuyos habitantes proceden de las mismas distintas culturas, religiones, tradiciones y costumbres, se ha tenido que hacer por la metafísica. La identidad que pueda haber entre un chino que trabaja en un laboratorio fotográfico de San Francisco, en el clima dorado y frutal de California, y un italiano que cuece «pizzas» entre los luminosos de Broadway no puede ser más que un misterio. Kissinger, el nuevo ayudante presidencial —cuando Nixon tome el poder— para cuestiones de defensa nacional, llegó a Estados Unidos en 1938, cuando tenía quince años. Hasta entonces era un niño alemán bajo el régimen de Hitler; ahora es profesor de Harvard, y pronto va a tener un peso decisivo en la organización militar de los Estados Unidos. En Nueva York, la mitad de los habitantes —ocho millones en los cinco burgos que forman la ciudad, catorce millones en todo el núcleo urbano— son inmigrantes o hijos de inmigrante. Cuando el general Paton inició el asalto de Europa por Italia, en 1943, temió que el «reflejo europeo» disminuyera la capacidad de destruir y matar que necesariamente debían llevar a efecto sus tropas y publicó una orden del día, recordando a los soldados que sus antepasados emigrantes a América «amaban tanto la libertad que abandonaron hogar y país y cruzaron el océano en busca de la libertad». Exacta-

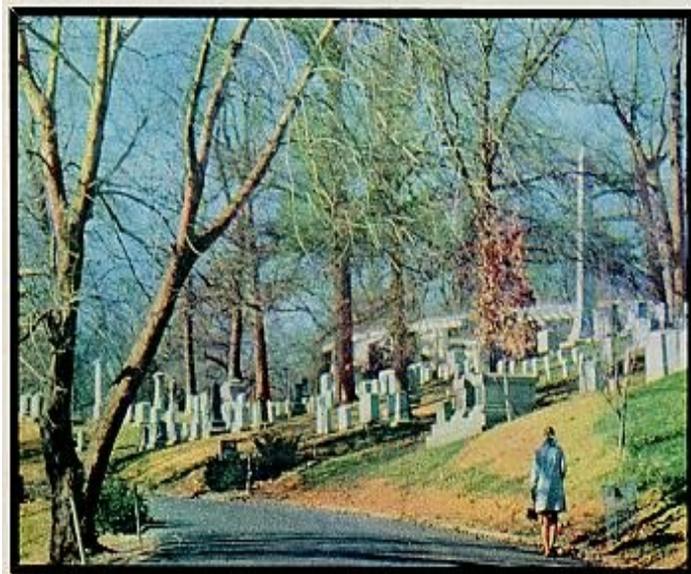


El "Tío Sam", que junto a la estatua de la Libertad es uno de los símbolos norteamericanos, representa los deberes del ciudadano. Frente a éste, la estatua de la Libertad —representación de los derechos— significa menos en la vida americana.

estancado y han explotado los duros problemas raciales y sociales.



En Central Park quedan residuos de viejas costumbres europeas, como es el paseo de jinetes y amazonas, los coches de caballos. La otra fotografía corresponde al cementerio de Arlington: tumba de los Kennedy y su "Nueva Frontera".



mente no fue ése el motivo de los emigrantes, ni lo es aún. Lo que buscan es trabajo que falta en sus países. Lo que encuentran es, muchas veces, el drama.

EL TIO SAM Y LA LIBERTAD

La libertad es una estatua en el puerto de Nueva York. Que la isla que sirve de pie a esa estatua haya sido al mismo tiempo una prisión donde se residenciaba a los inmigrantes que no tenían en orden sus papeles o que parecían sospechosos es más una paradoja que un símbolo. La libertad es la apoyatura metafísica más frecuente en la imaginaria y en el verbo de los Estados Unidos. El otro símbolo es el del Tío Sam. Son un matri-

monio. Todos los americanos son hijos de este caballero de la levita con los colores americanos, la barbilchuela de Lincoln y el sombrero de copa y la diosa grecorromana que eleva su antorcha para iluminar el mundo. El Tío Sam, en los «posters» que ahora han vuelto a la moda, avanza un índice como un arma y grita «I need you!», «Te necesito». Representa las obligaciones. La maternal estatua de la Libertad representa los derechos. Podría decirse que de este matrimonio simbólico debería surgir un equilibrio, que es el que se llamaría la democracia capitalista. Representa al mismo tiempo el arquetipo de la tribu familiar, el padre que obliga, reprende y castiga, la madre que promete y acaricia. El

Los Estados Unidos se encuentran, en este final del 1968, en



La mitad de los habitantes de Nueva York son inmigrantes o hijos de inmigrantes. En la foto de arriba, la oficina de inmigración; en la pared, un friso de fotografías de los más célebres emigrantes. En la foto superior, una microciudad capitalista con sus estratos sociales calculados.



La resurrección de Nixon, muerto Bob Kennedy, las conversaciones de París sobre Vietnam, las guerrillas árabes, Biafra, el mayo francés, los sucesos de Praga... son temas que no coinciden en el mundo más que en una situación declarada de urgencia.

Un período de frustración. Sufren una grave crisis de civilización.

problema es que en los últimos tiempos este matrimonio está mal avenido. Hay un divorcio. La familia se desgarró, los hijos sufren de la crisis. Desde hace muchos años, lo que puede representar el Tío Sam —el Estado, el Gobierno, el Poder— va creciendo poco a poco en importancia. En los últimos tiempos, mucho a mucho. Los Estados Unidos, pluricentristas, individualistas, han ido viendo poco a poco crecer el centralismo, el intervencionismo de Estado, sobre las libertades federales, la socialización, la concentración económica, la burocracia, el poder de la policía, el servicio militar obligatorio, la organización, la disciplina, la uniformidad. Ciertas virtudes originales se han quedado atrás en la historia.

EL 98 AMERICANO

Durante años, lo que podía parecer una cesión de libertades en homenaje a una construcción realmente nacional se ha soporizado bien. Han sido los años fáciles. El crecimiento del Estado como Leviathan —según la «biblia capitalista» de Hobbes—, capaz de poner paz entre los distintos grupos de intereses, no molestaba excesivamente mientras esos grupos de intereses prosperaban, y aquellos que no podían prosperar —ejemplo, los negros— no tenían voz ni fuerza. Las dos guerras mundiales contribuyeron a reforzar el papel preponderante del Estado central pero, al mismo tiempo, enriquecieron fabulosamente a los Estados Unidos y ampliaron la base metafísica de su razón de ser y de su «fuerza de misión». Desde el momento en que las varias religiones nacionales coinciden en identificar la ganancia en dinero con una prueba de la predilección divina, los beneficios retirados de las intervenciones en Europa, el arrebato de la hegemonía mundial al Viejo Continente y la posterior implantación paulatina en todo el mundo debían ser solamente una muestra de la justeza de miras. La oposición a la URSS en la guerra fría no podía ser más que una continuación misionarial. La guerra fría hizo nadar al país en la abundancia. Las frustraciones comienzan más tarde. Aparecen cuando la URSS alumbró su bomba atómica, y de esa frustración sale el senador Joe McCarthy y su fascismo del Comité de Actividades Antiamericanas. Se acentúan con las



La violencia americana no existirá cuando la sociedad americana no la requiera. La explicación de que proceda del «espíritu de frontera» es simplista y sin verdadera base. Tampoco es atribuible a la abundancia de armas.

sucesivas crisis de Cuba, con la implantación de un enemigo fronterizo y con el tremendo desastre psicológico del asesinato de Kennedy, y entonces surge Goldwater. La frustración se multiplica con la guerra del Vietnam, que tiene un carácter casi sobrenatural. Humanamente, no es posible que un pequeño país de guerrilleros desaharrados y desarmados resista al poder fabuloso acumulado en el puño americano. No es posible, pero ocurre. Y entonces surge Wallace. Las tres formalizaciones del fascismo americano —Joe McCarthy, Goldwater, Wallace— aluden continuamente a la tracción interior y a la conspiración exterior y crean un sentimiento de inseguridad. El Estado ha sido invadido. Desde lo que llamaríamos la izquierda, el Estado recibe otras acusaciones; se ha vendido a los grupos de capitales y emprende acciones injustas, «no americanas», para favorecer estos grupos de capital. La estatización del país, que no había sido vista de una manera crítica mientras todo iba bien, comienza a ser criticada cuando las cosas tienen la apariencia de ir mal. Las debilidades —en los dos sentidos—, las incongruencias, las contradicciones de los cuatro últimos años de gobierno de la Administración Johnson han llevado la contradicción al paroxismo. La lenta revolución social que se había

iniciado se paró, y se produjeron los graves disturbios negros y sociales que se conocen. La guerra del Vietnam ha abierto una brecha en la juventud y en la economía del país, y no se sabe cuál es su final, o más bien se sabe que ese final ya no puede ser nunca victorioso. Esta serie de problemas pueden afectar a cualquier país, y han ido afectando a otros imperios a lo largo de la historia. La gravedad que revisten en los Estados Unidos es que ponen en discusión el principio mismo de la nación, la busca de la «americanidad». Los americanos habían creado una filosofía de comportamiento. Un «gran designio». Cuando el comportamiento falla, falla la filosofía; cuando la resistencia del mundo interior y exterior es superior, se hunde el «gran designio» y es preciso interrogarse de nuevo, realizar una dolorosa revisión de los principios. La dificultad de ser americano comienza ahora. Creo que la situación más parecida a la que atraviesan ahora los Estados Unidos es la de España del principio del siglo XX y de los últimos años del XIX. España había creado también una filosofía de comportamiento a partir de la Reconquista, había nutrido con ella la constitución de su nacionalidad, la gran entrada en América y las expediciones europeas, y cuando sobrevino el desastre colonial y la pérdida de

la situación imperial, España no sólo fue dañada en su economía, sino también en su filosofía. Toda la apertura de interrogantes sobre la condición moral del español en la generación de intelectuales y políticos del 98 proceden probable y básicamente de esa confusión.

CRISIS DE PRINCIPIOS

Los Estados Unidos de América no están, ni mucho menos, en este final de 1968, en una situación comparable de desastre, pero están en una situación de frustración. Sufren una crisis de civilización. Sufren, por lo tanto, una crisis de sus propios principios. Para muchos, el remedio está en el regreso rígido a esos principios, en los que se ha dejado entrar la enfermedad, el abandono. Para otros muchos, se trata de empezar a cero. No es preciso hacer mucho esfuerzo para comparar de nuevo esta ruptura a la de la España de principios del siglo XX, a su radicalización en dos extremos, a sus vanas disputas entre «europeizar España» y «españolizar Europa», entre tradición y modernismo. La confusión es mayor y más grave en los Estados Unidos porque la tradición, plaza fuerte del conservadurismo, consiste en «ser modernos», en ser «el país más joven del mundo», y el progresismo se apoya a veces en elementos tradicionales como la idea de libertad y de igualdad, la idea de «revolución permanente» que existe en la Declaración de Independencia, en la Constitución y sus enmiendas, en los textos de los filósofos y pensadores primitivos americanos.

LA FRUSTRACION DE VIETNAM

La guerra del Vietnam ha sido, sin duda, un ápice en la larga etapa de frustraciones que comienza en el momento en que se descubre que la URSS tiene también la bomba atómica. La guerra del Vietnam es no sólo una acción militar no victoriosa en un país lejano, de la que procede una frustración de poder, sino que tiene muchos aspectos colaterales. Es, sobre todo, un tema. En torno a ese tema se revelan, se descubren, los otros problemas de la sociedad americana. El profesor McLuhan nos cuenta que uno de sus alumnos, en un ejercicio, ha encontrado que la guerra del Vietnam es la primera guerra internacional

En el "Harlem español", la mortalidad es tres veces más elevada que e

«que se combate en el suelo americano», y McLuhan lo explica diciendo que, en efecto, gracias a la televisión los padres han visto matar a sus hijos en el noticiario de las siete de la tarde. «En una palabra, una guerra caliente no se puede soportar a través de un medio frío». La guerra del Vietnam ha entrado en el suelo americano por otros medios, además de por el de la televisión. Ha herido directamente a la juventud. Es uno de los temas que ha creado la revelación de que filosofía y comportamiento están divorciados, de que las condiciones morales de «americanidad» que se aprenden en las escuelas y las Universidades no corresponden exactamente a las condiciones de comportamiento de su país y a las exigencias de sus propias vidas para mantener ese comportamiento que no está requerido por la moral americana, que incluso está negado por la moral americana. Cuando, al separar la acción en el Vietnam de la filosofía de la «americanidad», han querido analizar las causas de la intervención, han encontrado y han denunciado, con razón o sin ella, únicamente los intereses de grandes grupos capitalistas interesados en la fabricación de material de guerra y la implantación en Asia. Es uno de los motivos que han encontrado los negros y los grupos pobres del país para su retraso económico, para su perpetuación en la desigualdad. En este caso, el argumento llega más a fondo. Ya no creen directamente que la guerra del Vietnam haya ocasionado el retraso en la implantación de la sociedad igualitaria, sino que ha servido de pretexto para retrasar esa igualdad y que, una vez que la guerra del Vietnam desaparezca de la escena política y económica americana, habrá otros pretextos para sostener el retraso. De la misma forma que analizando la guerra del Vietnam —tomándola como causa y no como efecto— los jóvenes han encontrado que se hallan en una situación de víctimas dentro de una sociedad senatorial, los negros y los pobres han creído también encontrar que su victimización no es circunstancial y que es preciso cambiar la sociedad.

RIQUEZA Y POBREZA

Con respecto a riqueza y pobreza se cometen muchos erro-

res al considerar la sociedad americana. La vieja frase de que «un americano pobre es aquel que tiene que lavarse su propio automóvil» es una falsedad. Los mendigos de Nueva York no pueden siquiera lavar el automóvil de los demás. En el distrito de Bronx se vive como en el último país subdesarrollado. El Harlem negro es aún un emporio de riqueza si se compara con el Harlem llamado «español» —por el idioma de sus habitantes hispanoamericanos—. La asimilación de pobreza a negritud no es exacta. Las cifras oficiales de pobres —las familias urbanas con un ingreso menor a 3.300 dólares por año— señalan que una quinta parte de la población del país está por debajo de la línea de subsistencia. Según el sociólogo Herbert J. Gans, profesor en la Universidad de Columbia, las cifras reales situarían un tercio entero de la población de los Estados Unidos por debajo de la línea de subsistencia, y las dos terceras partes de esta población pobre son de raza blanca. La oficina de estadísticas del Trabajo estima que para sostener un «modesto pero adecuado nivel de vida» una familia media de cuatro personas necesita para vivir en medio urbano un mínimo de 9.375 dólares al año (en Nueva York y su zona, 10.000 dólares), pero un 69 por ciento de las familias viven por debajo de esas cifras, con un ingreso medio de 7.945 dólares, según datos oficiales, pero con un ingreso medio real en Nueva York de 6.684 dólares. El ingreso medio de las familias negras es de 4.754 dólares. El de los portorriqueños —y otros hispanoamericanos—, de 3.949 dólares. Un ingreso confortable para una familia es el de 15.000 dólares anuales: sólo lo alcanzan el 9 por ciento de los americanos. Según el profesor Gans, hay en el nivel más alto de la sociedad americana un 5 por ciento de personas que se reparten el 20 por ciento del producto nacional, mientras en la base un 20 por ciento de personas se reparten el 5 por ciento del producto.

LA NUEVA ARISTOCRACIA

Durante mucho tiempo, esta desigualdad económica, que no es un fenómeno actual, sino antiguo, ajeno al esfuerzo del Vietnam —léanse las novelas anteriores a la guerra de John Dos Passos, de Steinbeck o Upton Sinclair, ambos recientemente fallecidos—, se ha considerado

como parte de un sistema inevitable que desembocaba en igualdad, en la de las oportunidades. Se trataba de una sociedad permeable, de capas abiertas, que permitía la afluencia. Nadie estaba eternamente condenado a la pobreza. Podía izarse desde ella hasta las capas superiores. Es el mito conocido con la frase «de vendedor de periódicos a millonario». El hecho de que raras veces se presentase el ejemplo contrario —de millonario a vendedor de periódicos— podía hacer ya sospechar que una vez en la clase superior hay una permanencia asegurada, y que si esa permanencia estaba bien defendida por los organismos políticos, debía producir inevitablemente una permanencia en las clases inferiores. Esa sospecha se ha ido haciendo patente. Los grupos establecidos han creado unos mecanismos de seguridad para sostenerse a sí mismos y a sus descendientes contra la afluencia de las clases pobres. En un lenguaje clásico, esto se llama aristocracia. Se parte de la base de la desigualdad en la educación para llegar a la exigencia de títulos escolares medios, técnicos o universitarios para los empleos principales y se tiene una muestra inicial de la impermeabilización de las clases sociales. El ejemplo más visible en esta cuestión es el de la separación de razas. El color de la piel o ciertos rasgos faciales son barreras dentro de la sociedad afluente. Si de la población pobre de los Estados Unidos una tercera parte «solamente» es de color, vemos ya muy claramente una señal de esta frontera económica, puesto que la proporción nacional entre razas señala que los negros representan un 10 por ciento del total. Un 10 por ciento de la población nacional, pero un 33 por ciento de la población pobre. En las estadísticas del nivel superior, sólo un 3 por ciento ocupan puestos directivos. En las de abajo, dan el 20 por ciento de los obreros parados.

UNA SOCIEDAD JERARQUICA

Estos problemas de formación de grupos de poder, desigualdad en el reparto de las riquezas, impermeabilidad de las clases sociales, centralización estatal de una equivalencia poder-riqueza, consagración del sistema monárquico (bajo la forma de presidencialismo) y establecimiento de una aristocracia no son ni nuevos ni originales. Comienzan



El fenómeno de crítica y oposición al poder es una cuestión actual y mundial y no privativa de los Estados Unidos. La primavera de Praga y la de París obedecen a un mismo movimiento profundo. Una mayoría de americanos repudian la "contestación" al poder.

el resto de la ciudad de Nueva York y la criminalidad siete veces superior.



a ser descritos por los grandes movimientos revolucionarios europeos —Gran Bretaña y Francia— a partir del siglo XVII, se manifiestan en la revolución francesa de una manera ruidosa y violenta y se concretan científicamente en la obra de Marx y Engels. La novedad consiste en que el nacimiento de los Estados Unidos revestía la forma de una revolución, y lo era de hecho, contra ese tipo de sistema, y ello inspiró su revuelta contra la corona británica, la filosofía de su constitución, la base ideológica de su participación en el mundo exterior, la razón mo-

ral de su acaparamiento de fuerza y de dinero, y siglo y medio después se encuentra envuelta en las mismas contradicciones contra las que luchó, a favor de las cuales se creó y se unió. Poco a poco, un sutil juego de cesiones y prohibiciones ha ido cerrando las salidas. La contingencia de inmigrantes ha ido dirigiendo la afluencia exterior hacia la mano de obra barata, las leyes Taft-Hartley han limado el derecho de huelga, los sindicatos han sido dominados por fuerzas compradas, por antiguos gangsters. Las leyes de derechos cívicos han creado la igual-

dad de razas, pero las costumbres y las fuerzas locales, más el gran vacío de la educación, lo inutilizan. La sociedad se ha jerarquizado. La respuesta es una situación violenta. Marcuse dice que los Estados Unidos viven en una situación «prerrevolucionaria». Desde las esferas del poder se habla de anarquía. Se pide el refuerzo de la «ley y el orden», se clama por el «poder azul», el poder de la policía. Desde la izquierda se dice que la revolución ha empezado ya, se dice que la han empezado «los otros», y se señalan los asesinatos de Robert y John

Kennedy, el de Martin Lutero King, como actos deliberados de la contrarrevolución para evitar la implantación de una sociedad igualitaria.

DERECHA E IZQUIERDA

Los términos derecha e izquierda son relativamente fáciles de emplear en los Estados Unidos porque tienen la misma fuerza y exactamente la misma ambigüedad que tuvieron en la época que los inventó, la de la revolución francesa. Son fáciles de emplear por su continua ra-

En una sociedad como la americana, el peligro de ruptura y de anarquía es

dicalización, por la polarización de sus fuerzas. La izquierda se manifiesta en los disturbios universitarios, raciales y políticos, en las marchas pacifistas, en los fenómenos «yippies» y «hippies». Son contradictorios entre sí, como lo ha sido siempre la izquierda en todo el mundo. Se acusan unos a otros de ineffectividad, como ha ocurrido siempre. Pero el denominador común de la protesta por todos los medios les une. La radicalización de la derecha consiste en la defensa cerrada de los intereses en su forma actual. Consiste en la opción electoral Humphrey-Nixon, en la elección de Nixon, en la aparición de Wallace con sus once millones de votos. Existe la radicalización a la derecha de las gentes de «buen sentido», de las «gentes de orden», para quienes la violencia es sólo lo que se ve de la violencia: esto es, los creadores de unos disturbios, y no lo que no se ve de la violencia, que es la creación de unas condiciones de vida que pueden causar una mayor mortalidad que los disturbios en sí.

A veces, la derecha americana aparece con rasgos arqueológicos. Ha costado una batalla a nivel federal —en noviembre de 1968!— que en las escuelas de un cierto Estado pueda enseñarse la teoría de Darwin de la evolución de las especies, que es de 1859. El sociólogo David Riesman señala que la campaña para la fluorización del agua ha sido derrotada en Nueva Inglaterra como una conspiración de los comunistas y la compañía del aluminio para envenenar a los buenos americanos y contra el agua de Dios, aunque cree que tras todas esas palabras está, sobre todo, la lucha contra la intrusión de la «élite» científica nacional en los asuntos locales y que el voto contra la fluorización ha sido «un voto contra esas gentes bien educadas, suaves, que se meten en la ciudad de uno y parecen entender el mundo moderno e incluso aprovecharse de él». El profesor Gusfield habla de la existencia de «cruzadas simbólicas» que tienden a extirpar «lo extranjero». Estos cruzados elevan a categorías simples anécdotas. Por ejemplo —dice Gusfield—, las minorías puritanas protestantes encuentran que los alemanes —entiéndase americanos de origen alemán— que beben cerveza en Milwaukee, o los irlandeses bebedores de whisky en Boston no son «una interesante contribución al plura-

lismo cultural», sino una amenaza por la vía del alcohol a la estabilidad de América, y consideran a los «hippies» de San Francisco no como una curiosidad exótica, sino como una amenaza al predominio masculino y al equilibrio de la familia.

Si las críticas a la derecha tradicional, conservadora y arqueológica abundan, no faltan las críticas a la izquierda, sobre todo a la nueva izquierda o, más bien, con mayúsculas, desde el momento en que Nueva Izquierda es un movimiento relativamente organizado. El conservador Stewart Alsop describe así a uno de los dirigentes de la Nueva Izquierda, a Paul Krassner, director del periódico «El Realista»: «Krassner tiene una pequeña cara de ratón bajo una masa de pelo enmarañado. Parece un pequeño animal atisbando desde un matorral, y es difícil mirarle y contener la risa. Pero la Nueva Izquierda es algo más que un chiste, de todas formas, como lo testimonia su impacto en las Universidades». «Ideológicamente, la Nueva Izquierda es como el emperador de la leyenda y carece de traje ideológico. Al contrario que la izquierda antigua, no tiene ninguna alternativa que ofrecer al sistema actual».

Parece que nadie tiene alternativas que ofrecer al sistema actual, y que nadie, tampoco, desea la perpetuación del sistema actual. Es como un estado de suspensión, mientras los Estados Unidos no cesan de avanzar por un camino prefigurado, como el enorme cuerpo de un sonámbulo. Solamente que no camina con el paso suave y engrasado de antes. Va a sacudidas. Las piezas no están bien engranadas. Es probablemente este fenómeno de fragmentación el que más sorprende en los Estados Unidos. Cuando, tomando pie de una frase pronunciada en la noche en que fue elegido presidente, dijo Nixon, se le pide «Bring un together again», o «vuelve a reunirnos», el grito parece el de las piezas de un «robot» descoyuntado. Un país donde el Tribunal Supremo tiene que revocar una sentencia del Tribunal estatal de Arkansas multando con 500 dólares a quien enseñe la ley genética de la evolución de las especies en el mismo momento en que sus astronautas se están preparando para poner pie en la Luna es teóricamente un país moralmente descoyuntado. Es como una cinta elás-



La guerra de Vietnam ha entrado en los Estados Unidos directamente a la juventud. Al analizarla, en una situación de víctimas de

tica. Un extremo se alarga cada vez más hacia el futuro, mientras el otro está clavado firmemente en la prehistoria —en su prehistoria—. Cuando más avanza la punta proyectada hacia el futuro, cuando más firme es la sujeción de la otra punta, más fuerte es la tensión. La tensión en la vida social americana, la tensión sobre todo en las grandes ciudades —sobre todo en Nueva York— es, a veces, insoportable. Es lo que se llama la violencia.

LA VIOLENCIA

Se dice que la violencia es una vieja compañera del pueblo de los Estados Unidos. Se dice que procede del «espíritu de la frontera», de la doble lucha contra los pieles rojas y contra la corona de Inglaterra. Me parece una explicación simplista. Cualquier país del mundo —con algunas excepciones suizas— que examine su historia de los dos últimos siglos en-

contrará manifestaciones de violencia muy superiores o por lo menos iguales a las que pueden haber provocado los viejos «colts» de los conquistadores de América. La atribución de la violencia a la abundancia de armas y a la facilidad de su adquisición me parece igualmente errónea. Es la aplicación de una religión animista al arma, creer que por sí sola es capaz del mal. No parece que en ningún lugar del mundo los criminales hayan tenido dificultad en procurarse armas; las dificultades, en este sentido, suelen ser para las personas honestas que pretenden seguir el camino regular. Los intentos de reducir la venta de armas para acabar con la violencia no dejan de recordarme aquella vieja historia cómica en la que Otto, para reprimir el adulterio de su esposa, decide vender el sofá. Culpable del asesinato de John Kennedy a la venta de armas por correspondencia tiene todo el aspecto de una desviación de la cuestión. Como la

permanente. Se critica al sistema, pero nadie tiene una alternativa para él.



por otros medios además de por la televisión. Ha herido los jóvenes han encontrado que se hallan dentro de una sociedad senatorial.

implantación de la Ley Seca no acabó con el alcoholismo, sino que produjo, además, el gangsterismo, que desde entonces no ha dejado de estar infiltrado en la vida pública del país. El alcoholismo —como el tabaquismo, como las drogas de otras especies— sólo acabará cuando ciertas tensiones y represiones sociales cedan y no obliguen a buscar descargas irregulares. La violencia americana no existirá cuando la sociedad americana no la requiera. La violencia se suele referir a unas cifras de criminalidad que son sinceramente inquietantes —según el F. B. I., la tasa de criminalidad aumenta en Estados Unidos a un ritmo seis veces superior al del crecimiento de población— y a casos especiales como el del estrangulador de Boston, el asesino de enfermeras de Chicago o el fusilero de la Universidad de Austin. En política se refiere a los grandes asesinatos espectaculares o a la importancia de los disturbios. No creo que estos

hechos sean más que la representación dramática de la violencia en la vida cotidiana.

Lo que los psicólogos —y especialmente los psicoanalistas— llaman «agresividad» está lejos de ser considerado científicamente como un vicio. Es más bien una virtud. El instinto de agresividad se transforma en acometividad, se proyecta sobre acciones positivas. Se dice que la agresividad inicial de los Estados Unidos se proyectó en la prodigiosa construcción histórica de un país en un lapso brevísimo. Se puede decir que el Empire State o el puente de San Francisco son manifestaciones de una agresividad derivada, como dicen los psicoanalistas que la excesiva limpieza de algunas amas de casa —la lucha contra el polvo, la guerra contra la suciedad— es una manifestación derivada de la agresividad instintiva. Cuando el instinto de agresividad, notablemente valorado por los científicos americanos («en todo lo que concierne al

trabajo, en los placeres también, nos damos cuenta claramente de que falta una cualidad válida a las personas que no poseen suficiente agresividad», Joan Riviere en «Love, Hate and reparation»), se exagera, cuando la agresividad no tiene objeto positivo, cuando se produce al mismo tiempo que una frustración, se convierte en violencia. Cuando se produce en una sociedad, de una manera continuada, se le da el nombre impropio y abusivo de «anarquismo». «Somos un pueblo de anarquistas», dicen frecuentemente los políticos, los intelectuales de Estados Unidos. La frase se ha hecho típica y se puede escuchar en cualquier conversación en la que se examinen las causas del malestar americano. Se entiende en este caso por «anarquía» un comportamiento violento y desordenado. Esta «anarquía» puede ser ejercida por los grupos de poder. El compromiso e intervención en la guerra del Vietnam puede ser calificada de «anarquía de estado» —la cesión a los instintos de agresividad por encima de los cálculos de moderación y conveniencia nacional e internacional—. La actuación de la policía en las manifestaciones de Chicago ha sido definida oficialmente como «revuelta policíaca» por una comisión investigadora nacional: los policías pusieron, por encima de su papel de guardianes del orden, la fuerza de su instinto de agresividad. La agresividad, la violencia, suele ir unida a un sentimiento de tenacidad. Los Estados Unidos son tenaces. Sus habitantes son tenaces hasta extremos admirables. Nixon, insistiendo en una carrera política cien veces frustrada hasta llegar a la presidencia de la nación, es una muestra de la tenacidad americana. Se pueden encontrar aspectos más humildes. La dama que patina al atardecer en la pista helada del Rockefeller Center, apoyando sus setenta años en las espaldas de un chófer paciente, es un ejemplo modesto de tenacidad. Se puede ver en los Estados Unidos, con un simple paseo, un cierto número de ancianos haciendo cosas extravagantes y fuera de su edad: se niegan a ceder ante la presión de la edad, de la enfermedad, ante la proximidad de la muerte. Son el rostro simpático y tierno de la agresividad, como las enormes construcciones y la

conquista del espacio son el rostro genial de la agresividad, como la tenacidad en sostenerse en el Vietnam es su rostro estúpido, como la intervención en la política del mundo es su rostro imperial. El policía que grita energúmenamente a un automovilista que se equivocó o a una estudiante que ha violado un pequeño reglamento, el negro que desciende la Quinta Avenida con un collar hecho de balas de ametralladora son su rostro inquietante.

LO "AMERICANO"

El hecho de que no se pueda pasar de noche por el Central Park sin exponerse a peligros contra los que todo el mundo previene, el de que los taxistas no quieran detener su automóvil en las calles de Harlem, muestran que la violencia está llegando a ser insostenible. En las calles de Nueva York se respira. «Pero Nueva York no es Estados Unidos», dicen frecuentemente los americanos al visitante. Es cierto. Washington tampoco es los Estados Unidos, ni lo es Boston, San Francisco, California o Tejas. Son, simplemente, Nueva York, Washington, Boston, San Francisco, ciudades con vida propia, con sistemas propios. Son California o Tejas, Estados originales, con ciudadanos originales, costumbres y leyes originales. Creo que buscar la «americanidad» en las ciudades y los pueblos de los Estados Unidos es inútil. Se encuentran, sobre todo, particularidades. Los Estados Unidos son una estructura en la que cada elemento funciona aisladamente y, al mismo tiempo, conjuntamente, de la misma forma que las notas musicales tienen un valor propio y dispuestas en cierta forma crean una melodía. Lo que en Europa llamamos «americano» es un concepto puramente europeo o exterior, hasta el punto de que creo que lo mejor que he visto de los Estados Unidos es Europa. He llegado a preguntarme si quizá en los tiempos del imperio romano el acueducto de Segovia o el circo de Mérida fueron más romanos que Roma. Esto es, si los imperios no llegan, en ciertos momentos de expansión de sus civilizaciones, a realizarse mejor en sus provincias lejanas que en la metrópoli. La sensación, muy provisional, que tengo en estos mo-

La frase "un americano pobre es aquel que tiene que lavarse su propio auto"

mentos es la de que en cierta forma la civilización americana se ha detenido en su país de origen y creación y se desarrolla, moderada y matizada, modificada y aun superada, en los países europeos que la han recibido desde hace años como una fascinación. Los moderados rascacielos europeos, la organización de empresas, los automóviles, el cine, han recogido la tradición y la invención americana y la han llevado adelante mientras allí se quedaba misteriosamente parada. A su vez, el gran imperio europeo —el imperio británico, primordialmente— fue el creador de los Estados Unidos en la historia y allí fructificó y evolucionó, en tanto se anquilosaba y perecía en su lugar de origen. Podría volver por pasiva la oración anterior para decir que lo más típicamente europeo que he visto hasta ahora —desde el punto de vista de comportamiento y organización de vida— está en Nueva York. El paseo de jinetes y amazonas por el Central Park tiene un ritual que ha dejado ya de verse en el Hyde Park de Londres, pero que es su recuerdo, su transposición. En el hotel Plaza, de Nueva York, la orquestina toca aún «La violeta» y «Fascination», mientras por sus pasillos transitan caballeros con frac, sombrero de copa y capa, damas con largos trajes de noche y capitas de armiño. Es algo que no se ve ya en Europa.

NUEVA YORK: UN SIMBOLO

La insistencia en que «Nueva York no es los Estados Unidos» es casi obsesiva. Es una prevención continua que se le hace al viajero para que no juzgue la pluralidad del país, la inmensidad del país, por esa punta escandalosa, demasiado visible, de la enorme ciudad. Es un rechazo más bien subconsciente. Me inclinaria a creer, contra la mayoría de la opinión, que Nueva York es precisamente lo más representativo de los Estados Unidos. En torno a un radio de cuatrocientos kilómetros de la isla en donde está edificado el centro de Nueva York —la isla por la cual en el siglo XVII los primeros inmigrantes pagaron a los indios la cantidad total de 24 dólares, para tranquilizar su conciencia—, habita la cuarta parte de la población del país. Ocho mi-

llones de personas en los cinco burgos que forman la ciudad propiamente dicha, catorce millones en el núcleo urbano. Por su puerto transita el 49 por ciento del valor de todo el tráfico portuario de la nación. El Estado de Nueva York es el más industrializado del país (especialidad, transformación y consumo). La geografía humana de Nueva York es precisamente un muestrario de la diversidad, del «melting pot» de razas, tradiciones y orígenes que constituyeron la gran baza de los Estados Unidos. Hay más portorriqueños que en Puerto Rico, hay más judíos —uno por cada cuatro habitantes— que en el Estado de Israel. La mitad de los habitantes de Nueva York son inmigrantes o hijos de inmigrante. Son datos simples de manual de turismo, son datos sabidos, pero no es inútil repetirlos. Sobre todo, en las calles de la ciudad saltan de las páginas del libro para convertirse en una realidad visible. Se lee que Nueva York es la tercera ciudad del mundo de habla española —la cifra puede haber quedado superada desde que Madrid tiene más de tres millones de habitantes— y esa realidad se percibe en sus dos periódicos y sus emisoras de televisión y radio en lengua castellana. Se ve en el llamado «Harlem español». La mortalidad es allí tres veces más elevada que en el resto de la ciudad, la criminalidad siete veces superior, y con ello se explica la importancia de las presiones sociales ejercidas sobre estos inmigrantes o hijos de inmigrante que se apilan y buscan entre sí la solidaridad de olores, de sonidos, de sabores que les facilite un poco la vida cotidiana y les evite la terrible soledad. El Harlem negro, fronterizo, es menos drástico, menos definitivo en su miseria. El Harlem negro es quizá una microciudad capitalista, con sus estratos sociales calculados, con sus damas negras en abrigo de visón subiendo al Cadillac y, al mismo tiempo, con sus zonas suburbanas miserables y espantosas. En el Harlem negro hay una esperanza, la de la revolución en marcha, la de la solución del problema. En el Harlem español no hay ninguna. Esperanzas individuales, apenas. Regresar un día al país con una pequeña fortuna que aquí no serviría

para nada y allá podría ser el principio de una nueva vida. El esfuerzo es, a veces, fabuloso en proporción al fruto máximo que se puede alcanzar; desde la prostitución infantil hasta las catorce horas de trabajo en una cafetería —o en dos o en tres—. Pero los dólares siempre se esfuman y hay amenazas eternamente pendientes. La policía siempre puede retirar el permiso de residencia, puede anular la petición de nacionalidad. Hay un reflejo trágico frente a la falta de esperanza, que es el de la indolencia. Los pueblos o las castas triunfantes siempre han juzgado mal la indolencia en los pueblos o en las clases sometidas. La han tomado por una causa de su fracaso, cuando en realidad son una consecuencia.

LA AUTOCRITICA

En una sociedad constituida de esa manera, el peligro de ruptura, de anarquía y de violencia es permanente. La sociedad se sostiene mientras hay un «gran designio», real o ficticio, que requiere el olvido de sus contradicciones. No soporta la autocrítica. Menos aún la duda sobre sí misma. Sin embargo, la aguda daga de la crítica ha penetrado en la sociedad americana y la descuartiza. Está presente en todo. Miles de neoyorquinos ríen cada semana presenciando cómo un actor disfrazado de Lincoln con gorro de payaso se contorsiona y dispara en el escenario del teatro donde se representa la revista «Hair». Es un fenómeno nuevo. Estoy muy lejos de considerar condenable la burla de ciertas sacralizaciones históricas —sobre todo cuando, como en este caso, no se refieren al propio Lincoln, sino a la apropiación de la figura por las capas patriotas del país—; me parece muy saludable, creo que en numerosas sociedades este espíritu de continua revisión ha dado excelentes resultados, como estoy lejos de considerar que autocrítica y duda sean valores negativos, sino todo lo contrario, ni en el individuo ni en las etnias. Lo que sí creo es que cuando aparecen en sociedades de misión, como son ahora los Estados Unidos, significan un adelanto de una convulsión violenta. Los Césares romanos condenaban a muerte

a los epigramistas de la oposición, Hitler no admitía el humor ni la duda. Oscar Wilde se adelantó a criticar la sociedad imperial británica y terminó en la cárcel de Reading y en el exilio. Cuando Joe McCarthy tomó el poder en los Estados Unidos, su primera preocupación fue la depuración de intelectuales críticos y muy claramente se dirigió a los sectores más populares, desde la novela policiaca —acusado y víctima principal, Dashiell Hammet— hasta el cine de Hollywood —nunca ha vuelto a levantar cabeza—. Hoy se les empuja hacia el «underground», que en realidad no es una clandestinidad, sino una fuga del sistema, aunque algunos de sus críticos —Ginzburg— sufran o hayan sufrido persecución. El salto desde la crítica suave e interior al sistema, como la de la revista teatral «Hair» o los artículos de Art Buchwald, hasta las profesiones de crítica violenta y agresiva, está cubierto por todos los matices. En la crítica violenta no hay límites. Elridge Cleaver, titulado ministro de información del partido de los panteras negras, no se detiene en ningún límite. Cleaver pide la apertura de todas las prisiones. Cuando se le pregunta por el riesgo que ello podría suponer para la sociedad, Cleaver responde: «No creo que haya ningún hombre; blanco o negro, en las prisiones de este país que pueda ser comparado en términos de criminalidad a Lyndon Johnson. No hay ningún criminal de masa en los penales de América o de cualquier otro país del mundo que pueda aproximarse a los miles y miles de muertos de los que Johnson es responsable». No limita sus críticas a la figura personal del presidente. El acusado es el sistema. «Compare usted los ladrones que hay en nuestras prisiones con los grandes hombres de negocios de este país, que controlan un sistema que está privando de condiciones decentes de vida a millones de personas. Estas personas, los hombres que dirigen el gobierno y las empresas, son mucho más peligrosas que el tipo que se mete en un almacén con una pistola y roba a alguien algunos dólares. Los hombres que nos controlan están robando miles de millones de dólares en el mundo entero». Elridge Cleaver, en estos

“óvil” es una falsedad. Los pobres no pueden siquiera lavar el coche de otros.

momentos, ha desaparecido. Nadie sabe qué ha sido de él.

Ciertamente, una mayoría importante de americanos repudian este tipo —muy frecuente— de invectivas y el tono en que se hacen. Creen que son el camino directo hacia una guerra civil sangrienta, y los más pesimistas creen que esa guerra civil es ya inevitable («Quiero irme de este país antes de que los negros desciendan con ametralladoras por la Quinta Avenida», me ha dicho en Nueva York un extranjero con importante posición de observador), pero el problema actual quizá no sea tanto el de una guerra civil como el de que la naturaleza última de esos conceptos tan crudamente expresados sobrenadan, y se sostiene la conciencia de que hay una grave e importante corrupción en las capas superiores del poder y de la dirección económica del país. Cuando Eugene McCarthy habla de la «nueva moral», está planteando en términos políticos esa misma cuestión. Cuando Herbert Marcuse publica sus libros, la plantea en términos filosóficos (la casa de Herbert Marcuse está guardada día y noche por unos piquetes de estudiantes, que se turnan, para salvarle de un posible atentado). La idea de «conspiración desde arriba» que muchos rechazaban en el momento del asesinato del primer Kennedy ha ido poco a poco tomando cuerpo, tras la serie de acontecimientos que han ido canalizando la opción presidencial a Humphrey y a Nixon, y que finalmente la han inclinado por Nixon.



La desigualdad económica no es un fenómeno actual. El mito de la igualdad de oportunidades ("de vendedor de periódicos a millonario"), falla. No se produce al revés. La clase alta tiene sus sistemas de defensa, su permanencia asegurada.

La atribución de estos fenómenos de disgregación, de crítica del poder, de repudiación de la sociedad y del sistema a los Estados Unidos es naturalmente parcial e injusta. Es una cuestión actual y mundial. La primavera de París y la de Praga obedecen a un mismo movimiento profundo. Son dos acontecimientos de un año pródigo en ellos. El tiempo cronológico, aplicado a los movimientos de la historia, es generalmente una ficción. Sin embargo, el año 1968 ha sido como una cápsula en la que se han encerrado una serie de acontecimientos religados unos a otros, cargados de significa-

ción. He sido testigo de algunos de ellos. He sido testigo de los esfuerzos de la O. T. A. N., en diciembre de 1967, durante la reunión de Bruselas, por crear un estado de alarma, un estado de contracción, con el motivo de la presencia de la flota soviética en el Mediterráneo, como un arrastre del acontecimiento mayor del año pasado, el conflicto de Oriente Medio, y he visto entonces en las capitales europeas de la Europa occidental la extensión del malestar psicológico de las situaciones intermedias, de la contradicción entre una socie-

dad en expansión que se comienza a instalar en la comodidad de la coexistencia y la llamada al susto. En las calles de Rotterdam, en las de Bruselas y en las de Francfort se mezclaba la nieve de un invierno duro a la tierra extraída del subsuelo, para construir al mismo tiempo unas líneas de «Metro» con que descongestionar unas capitales nutridas de tráfico y de despilfarro económico y unos refugios antiatómicos, simplemente previsoros, pero cuya iniciación ponía el acento del miedo y la inseguridad. He vuelto a escuchar en Bru-

selas, un año después, los mismos argumentos de la O. T. A. N., reforzados esta vez con el tema de la entrada en Checoslovaquia de las tropas soviéticas y con el malestar no confesado del crecimiento diplomático, político y económico de Alemania occidental como fuerza mayor dentro de la alianza. He presenciado en París las barricadas y las huelgas del mes de mayo, y he visto en diciembre las formidables sacudidas económicas de la especulación mundial y de la fuga de capitales: dos revoluciones mayores, con distintas formas, en medio año. Dos revoluciones que no se puede circunscribir al hexágono francés y que, como no ha dejado de señalar De Gaulle, son fenómenos internacionales. Entre un cabo y otro de estos acontecimientos, la dictadura se ha aclarado en Grecia con la fuga a Roma del Rey Constantino, el bloque físico de los países comunistas ha sufrido una fisura, y el bloque ideológico una herida profunda. La resurrección de Nixon, la muerte a balazos de Robert Kennedy y de Martín Lutero King, la sangre en la plaza de las Tres Culturas, de Méjico, el final de los bombardeos del Vietnam, las guerrillas árabes, la guerra de genocidio en Nigeria-Biafra, la creación de personajes como Cohn-Bendit, la encíclica anti-píldora, el reforzamiento de los poderes, las crisis morales, son temas, particulares o genéricos, que no coinciden generalmente en el mundo más que en una situación declarada de urgencia. Son temas que rebotan unos sobre otros, que se infleren y se interfieren, que producen cadenas de consecuencias. Quizá 1968 nos haya mostrado por primera vez lo que en otros años anteriores no ha sido más que una sospecha, y es la existencia de movimientos planetarios unificados que no emanan de los poderes, sino que más bien se han movido en torno a esos poderes impotentes, a favor y en contra, agitando y haciéndoles desenvolverse en contradicciones para poderse mantener. El poder soviético no ha podido imponerse totalmente en Praga, a pesar de su fuerza militar, como el poder degolista no ha triunfado en París. Como el poder americano no domina el oleaje de su país y del mundo. ■ E. H. T.